

06 - La Ave Pálida de la Muerte

Josel Gueta



EL AVE PÁLIDA DE LA MUERTE

Capítulo 1

El viento y la lluvia azotan mi rostro con furia, mientras mis pies descalzos se aferran a la cornisa helada. La tormenta ruge, invitándome al vacío. Novecientos cincuenta metros me separan del suelo.

No me importa.

Pasé años admirando la Aguja Aurora, el segundo edificio más alto del mundo. Y ahora, la única vez que subo, es para caer. Un final irónico para alguien que siempre vivió en segundo plano.

Pero no siento miedo.

El frío cala en mi piel, pero lo que me retiene no es el clima. Es la tormenta. La lluvia que me golpea, el viento que me empuja. Un recordatorio de que aún estoy viva. Cierro los ojos y respiro hondo, preparándome para dar el siguiente paso.

—A esta altura y con esta velocidad, caerías a unos cien kilómetros por hora —me interrumpe una voz susurrante y tranquila en medio de la tormenta—. ¿Qué crees que te pasaría?

Abro los ojos sorprendida. A mi lado, en la misma cornisa, hay un joven de cabello blanco. Su ropa empapada se funde con la oscuridad, como si la tormenta fuera parte de él.

—Supongo que me estrellaré —respondo con sarcasmo—. ¿Y esos cálculos? ¿Ya lo intentaste antes?

—Sí, muchas veces. Esta sería la sexta o séptima.

Lo miro, desconcertada. Su mirada fija en el abismo tiene una calma inquietante, como si el vacío fuera su hogar.

—¿Tantas veces?

—Obvio. Aunque claro, saltare si es que tú saltas, señorita Byord —responde, esbozando una sonrisa casi imperceptible.

Frunzo el ceño.

—Así que conoces mi apellido. Bien por ti. Pero no sabes nada de mí. Así que, por favor, no te metas.

—Ahí es donde te equivocas. Solo sé tu nombre, y nadie elige cómo se llama —contesta con serenidad, con una firmeza que no puedo ignorar—.

Pero sí me importas.

—¿Eres un admirador secreto o un buscafortunas? —respondo, utilizando el sarcasmo como escudo.

—Nah. Solo soy un metiche que disfruta escuchar historias. Así que, antes de saltar, ¿por qué no me cuentas la tuya? —dice, sin apartar la vista del abismo.

Lo miro de reojo. Su calma, lejos de irritarme, me desarma, como si cada palabra estuviera diseñada para despojarme de mi resistencia.

—¿Y si no quiero?

—Entonces salta, y yo saltaré contigo. La muerte no me preocupa —dijo sin acritud—. Pero si decides quedarte a hablar, yo te escucharé.

Solté un suspiro, atrapada entre el desafío y mi propia desesperación en medio de la tormenta.

—Ya que —dije al fin, sacando un cigarro seco de mi bolso—. Si me haces casita para prenderlo, te cuento algo.

Sin decir nada, se levantó para cubrirme de la tormenta. Su cabello cubría su rostro. Bajó sus manos, y las dejó allí hasta que el encendedor chispeó una pequeña llama que logró prender el cigarro.

—Gracias —murmuré, dándole una larga calada.

El humo pareció llevarse algo del peso en mi pecho. Y entonces, sin planearlo, las palabras comenzaron a brotar.

—Bueno, hablaré, pero no interrumpas —sentencié mis términos.

—Trato —aceptó sin dudar.

Miré el horizonte tormentoso por un momento antes de comenzar.

—Vengo de una familia de médicos. Un gran linaje de poder e influencia. Desde pequeña, me interesaba el olor a putrefacción, la sangre coagulada y las heridas abiertas, mientras mi familia se corrompía por la avaricia, dañando el juramento hipocrático que nos definía como salvadores. Solo usaban la salud como un medio para acumular prestigio y riqueza, mientras yo me interesaba en algo más.

Descubrí una fascinación por lo que representaba el final de la existencia. Para ellos, la muerte era el enemigo a vencer; para mí, un susurro constante que se hacía cada vez más fuerte a medida que crecía. La

muerte, aunque trágica, me atraía. Como una llamada de auxilio que no podía ignorar, pero sin llegar a ser una sádica.

No fue culpa de nadie: ni de deambular por nuestros hospitales para ver gente enferma y cadáveres abiertos desde la infancia, ni de saber anatomía humana antes de aprender a leer, ni de ver a mi madre engañando a mi padre para abandonarlo después. No, nada de eso tuvo que ver. Solo era algo que nació conmigo.

Nunca pude ser parte de los demás, y siempre fue así, desde que nació.

Parece que en nuestro linaje corre un leve defecto genético, nacido del azar. Una alteración en un cromosoma me dio una epidermis extremadamente sensible, incapaz de soportar la luz solar, reactiva a casi todo lo microscópico. Mi piel era tan pálida que parecía muerta. Y mi cabello, de rubio platinado, completaba mi look enfermizo.

Parece que la genética no fue amable conmigo, porque fui la primera de la familia en mucho tiempo en manifestar ese gen. "La suerte y la desdicha rara vez se cruzan", me dijo mi abuelo una vez, en un intento de consuelo.

Comprendí que era distinta desde el primer momento. A los niños no les agrada lo desconocido cuando apenas empiezan a explorar la vida. Todo lo que no entienden se convierte en objeto de temor y rechazo. Yo era la prueba perfecta de eso.

La curiosidad se apaga cuando la razón no puede hallar una explicación, y entonces el instinto primario toma control, transformándose en miedo. Desde que interactué con otros niños, lo entendí: insultos y desgracias de todo tipo, sin importar el género. Exclusión, rechazo y críticas hacia mi piel enferma, llena de cuidados y prevenciones fueron las únicas interacciones que tuve en mi infancia.

Los docentes no eran la excepción. Demasiadas restricciones y objeciones para profesores aristocráticos del pensamiento dogmático, que solo siguen reglas como maestros de un rebaño, pero que, al final, son parte de ese mismo rebaño. Incapaces de ofrecer ayuda a una niña enferma.

Eso fue lo que pensó mi yo más joven. Así que, naturalmente, rechacé la sociedad y preferí estudiar en casa. Tomé los libros de mi padre y me sumergí en los casos familiares. Querían entenderlo todo. Saber por qué era como era. Estudié tanto que aprendí tanto como mis predecesores, hasta el punto de que ellos mismos se impresionaron de mi talento.

Mi ostracismo, al principio, decepcionó a mi familia, quienes descubrieron que el dinero no lo puede comprar todo. Sin embargo, al ver el alcance de mi saber, dejaron de insistir. Cosas como un título universitario no son

más que un mero tecnicismo para nosotros. Aprendí que el estatus social no te libra de las desgracias del mundo, pero sí puede disimularlas de manera ostentosa.

En mi aislamiento, no extrañaba la compañía humana; tenía a mis padres y a la servidumbre, que cumplían mis caprichos de niña rica y enferma. Aunque la verdad no pedía mucho, solo libros e insumos médicos, de vez en cuando me sentía presa en una jaula del tamaño de una finca. Recuerdo una vez, después de escuchar a mis padres discutir en el gran comedor por mi causa, decidí escaparme al patio en busca de aire fresco.

Caminé por el extenso jardín hasta encontrarme con un ciprés, casi marchito por el otoño, cuyas hojas cubrían la tierra. Entre ellas, había un pequeño y pálido polluelo que yacía inerte, abandonado y estrellado contra el suelo. Tal vez un hermano lo empujó del nido, o el viento lo lanzó al vacío, o quizá intentó volar antes de estar listo. Sea cual fuera la razón, no importaba; el resultado era el mismo: la vida de esa pequeña ave había llegado a su fin, y yo fui la única testigo.

Creo que ese momento marcó el inicio de mi trastorno obsesivo mortuorio, un evento que perturbó mi joven mente, pero también alimentó mi fascinación por las aves, seres que volaban por un cielo al cual yo solo me limitaba a observar desde las sombras... Y aunque esa ave fracasara en su salto de fe, era más libre de lo que yo jamás sería.

Así pasé mi infancia: estudios, investigaciones y coleccionar cadáveres de aves, tanto comunes como exóticas, que mi padre conseguía por medios que preferí no cuestionar. Alimentando mi único pasatiempo: la taxidermia. Mientras yo preservaba fragmentos de vida, él construía su legado y me dejaba ser. Más que un médico, era un alma generosa que se escapaba de la ambición familiar.

Para mi padre, la enfermedad era una constante inevitable de la condición humana. Todos enferman y todos mueren. Dinero, poder y riquezas no importaban al final.

Siempre quiso sanar a los demás. Por eso fundó su propia compañía farmacéutica con la esperanza de construir un hospital accesible para todos. Pero su amabilidad era ingenua y terminó atrapado en disputas legales y familiares que marcaron nuestro declive.

Cuando tenía quince, una pandemia estalló en un país al otro lado del mundo. Lo que comenzó como un caso aislado en un pueblo turístico se propagó con rapidez. En meses, las ciudades quedaron desiertas y un silencio sepulcral se adueñó de las calles.

Desde la comodidad de mi hogar, veía en las noticias multitudes agolpándose en hospitales colapsados, clínicas improvisadas donde

algunos eran intubados en camillas precarias y otros enterrados en fosas comunes, sin ceremonias ni duelos. Mientras tanto, yo vivía en mi propia cuarentena, observando a una distancia segura cómo su mundo se desmoronaba.

En medio de ese caos, mi padre propuso lo impensable: viajar al origen de la infección para hallar una cura. Dudé; la idea me parecía absurda y peligrosa, pero acepté. Antes de partir, le pregunté por qué arriesgarnos si la enfermedad estaba en todas partes. Su respuesta fue cruda: "Debemos patentarla antes de que caiga en manos de un monopolio. Así podremos salvar a más personas". La ironía era innegable. Éramos oportunistas, sí, pero por un bien mayor. Y eso me pareció suficiente.

El paciente cero apareció en una comunidad agrícola de escasos recursos, dispersa entre campos de cultivo y colinas. Las casas, construidas con materiales rudimentarios, estaban separadas por largos caminos de tierra intransitables cuando llovía. La población vivía descentralizada, cada familia aislada en su propio terreno, dedicada a la siembra y a la crianza de aves de corral.

La escuela apenas contaba con lo esencial y la atención médica se reducía a remedios caseros y curanderos. Eran profundamente creyentes en sus leyendas. Decían que los seres de la noche vagaban entre los árboles, susurrando advertencias a quienes sabían escuchar. Hablaban de animales con alma humana, condenados a vagar entre los vivos, y de aves que traían augurios, algunas de fortuna, otras de tragedia.

Era el sitio perfecto para una catástrofe.

Nos aislamos en una finca en lo alto de una colina, lejos de la muchedumbre y la enfermedad. Rodeados de hectáreas de árboles de cultivo, montamos un laboratorio improvisado con un equipo de biólogos, virólogos y tecnólogos médicos. La distancia nos aseguraba discreción y seguridad, pero también reforzaba la sensación de aislamiento.

Desde el primer día, mi fragilidad se convirtió en una condena. El sol abrasador me dejaba la piel en carne viva tras unos minutos de exposición. Me refugié en las sombras, observando desde la distancia cómo mi padre y su equipo recopilaban muestras, negociaban con los habitantes y trataban de descifrar la naturaleza del brote.

Después de un año de trabajo, llegamos a una conclusión: la infección tenía su origen en una cepa de gripe aviar propagada por el contacto con gallinas infectadas. No era un castigo divino ni una maldición de los seres de la noche, sino una zoonosis, una enfermedad transmitida de animales a humanos, favorecida por las precarias condiciones sanitarias del pueblo.

La explicación científica no bastaba para la gente del lugar, pero para nosotros era la clave. Sin embargo, todo fue en vano.

A pesar de nuestras medidas preventivas, una nueva cepa más virulenta apareció. Un enfermero tuvo la mala suerte de atender a un campesino que, ignorando las advertencias, se comió una de sus gallinas enfermas. Poco después, la enfermedad alcanzó a todo el equipo y, lo peor, a mi padre.

Me encerré en su laboratorio, manipulando material genético en busca de una cura mientras lo cuidaba. Pero solo logré tratamientos paliativos. El tiempo avanzó más rápido de lo que podíamos enfrentar, y finalmente llegó su hora.

Mi obsesión con la muerte se retorció de la manera más irónica posible. Vi cómo el virus lo invadía, despojándolo de la fuerza que tanto había admirado. Su piel se volvió grisácea, sus labios se agrietaron y sus ojos, antes llenos de visión y esperanza, solo reflejaban un miedo abismal. Convulsionó, ahogándose en su propia sangre, suplicando por más tiempo. Pero la salvación nunca llegó.

Fue un cuatro de diciembre cuando comprendí que la muerte no era majestuosa ni reveladora. No hubo epifanías, solo un vacío agonizante. Mientras su respiración se apagaba, entendí la cruda verdad: la muerte es indomable, incomprensible e incontrolable. No hubo más que resignación.

Cuando todo acabó, las autoridades retiraron su cuerpo y lo redujeron a cenizas para contener la infección. La finca, antes símbolo de grandeza, se convirtió en un mausoleo. Encerrada en cuarentena, los días se deslizaban entre el silencio y la sombra del vacío en cada rincón. Afuera, el mundo se desmoronaba bajo la enfermedad y la pobreza; adentro, la soledad era mi única compañera.

El aislamiento erosionaba mi cordura lentamente. Sin aliados ni esperanza, solo me quedaba mi misión. Aunque la infección no me alcanzó, el tedio y la sombra de la muerte me carcomían. Mi padre había utilizado todas sus conexiones para asegurar este refugio, pero yo no compartía su poder ni su influencia. Yo no era nadie. Solo la hija de la oveja negra de la familia, la que nunca siguió las reglas de poder y control.

Con la mitad del equipo muerto y la otra mitad huyendo, me quedé sola. Mi única obsesión era ver a las aves que cruzaban el lucernario del gran comedor. Siempre las envidié por su libertad, por su capacidad de surcar el cielo. Esa visión se convirtió en un reflejo de mi deseo de escapar, marcando el inicio de mi deterioro mental.

Por las noches, los recuerdos de mi madre volvían con fuerza. Era fuerte e indomable, pero también ambiciosa y vil. Eligió huir del veneno familiar, traicionando a mi padre y su visión más amable del mundo. Un día, la encontré con sus maletas en la puerta. Me prometió que regresaría por mí, pero nunca cumplió su palabra. Me dejó atrás.

Sus alas se desplegaron hacia un horizonte anhelado y lejano, mientras yo quedaba atrapada en una sombra que no dejaba de crecer. En mi desesperación, la locura se convirtió en mi única salida. Quería seguir con mi investigación, pero si la infección me alcanzaba y la muerte ponía fin a mi tormento, tampoco me opondría.

Sin embargo, mi cuerpo, incapaz de resistir la luz del sol, me obligó a ser ingeniosa. Recordé a aquellos médicos que enfrentaron pandemias siglos atrás y su característico traje durante la peste. Sí, ese traje con la máscara de un ave.

Mi padre trajo nuestro hogar en maletas, reliquias incluidas. Con los materiales dispersos por la mansión, confeccioné una máscara de pico dorado con los lentes de mi abuelo Lucio, coronada por el sombrero negro de mi tía Anette. Me cubrí con la túnica oscura de mi abuela Mathilda, ajustada con el cinturón dorado de mi bisabuelo Robin, un vestigio de opulencia en mi decadencia mental. Para completar el atuendo, tomé un viejo bastón de un ancestro sin nombre, evocando la distancia que los médicos mantenían con los enfermos.

Ese traje oscuro y pesado se convirtió en mi armadura. Mi forma de enfrentar tanto la enfermedad como mi creciente locura. Un símbolo de protección, o tal vez de resignación.

Aproveché la falta de patrullas y mis salidas nocturnas se volvieron habituales. Recorría los senderos entre las casas, golpeando puertas con mi bastón en busca de pacientes. Mi figura se deslizaba entre las sombras, un espectro de mal augurio. Aunque ofrecía atención gratuita, medicamentos o comida, mi presencia inspiraba más temor que alivio. Me temían como al Kenken, el espíritu con forma de ave negra, grande pero incapaz de volar, que se alimenta del miedo de los vivos en venganza por su imposibilidad de surcar los cielos.

Pero la necesidad siempre vencía al miedo.

No me faltaban recursos; la mansión aún resguardaba los suministros que mi padre había acumulado. Aprovechaba todo sin remordimientos. Al principio, aquello me daba un propósito en medio de la desolación, pero con el tiempo, las calles vacías y las puertas cerradas tras de mí me recordaron la verdad.

Estaba atrapada. Perdida. Sola.

Algunas noches de luna llena, juraba ver sombras observándome desde la distancia. Ojos lechosos brillaban en la oscuridad, acechándome en silencio. Mientras atendía a mis pacientes, cuyos nombres y patologías registraba meticulosamente, sentía su mirada fija sobre mí, como si algo invisible evaluara mis acciones. Traté a niños con desnutrición, ancianos con artrosis, hombres devorados por la depresión, mujeres con cuerpos en guerra consigo mismas. Recuerdo a una señora que no podía dormir debido a una infección en la piel y que, al curarla, lloró de gratitud.

Pero no pude salvar a los enfermos terminales ni a las víctimas del virus. La muerte llegaba implacable, cerniéndose sobre todos. Al principio, luché contra ella, pero con el tiempo, algo en mí se apagó. Me acostumbré a su presencia como a un paisaje recurrente. Dejé de preguntarme por qué sucedía o si había algo más allá. La realidad se volvió tan oscura como las sombras que me observaban.

En mi clandestinidad, lo único que pude ofrecer fue un mísero alivio, un placebo inútil contra la enfermedad y mi propia obsesión mortuoria. La muerte se volvió una sombra familiar, una presencia constante que dejó de sorprenderme. Solo quedaba esperar a desvanecerme en el mismo olvido.

Los días se fundieron en una monotonía gris. Sin avances en mi investigación, mi piel comenzó a deteriorarse al quitarme el traje. Las llagas se multiplicaron y mi cuerpo se convirtió en un reflejo de la descomposición que tanto había observado. Por primera vez, sentí que la muerte me reclamaba.

Luego, la infección me alcanzó, y el miedo se apoderó de mí.

La soledad y el aislamiento me envolvieron por primera vez. Lloré en mi cama como no lo hacía desde que mi madre se fue, hace tanto que apenas podía recordarla. La nostalgia me destrozó. La extrañaba porque temía morir sin volver a verla. Siempre pensé que la muerte llegaría a su tiempo, pero ese miedo lo puso todo en duda.

Busqué refugio en el único vicio disponible para una niña rica perdida en un país tercermundista: cigarrillos baratos. Con cada calada, mi mente inhalaba recuerdos junto con el humo. Vi la mirada vidriosa de mi madre cuando me observaba disecar aves muertas, como si algo en mí estuviera roto. Pero también recordé la noche en que, al verme llorar, me cobijó hasta que me dormí. Se quedó a mi lado.

Ese recuerdo me dio un breve consuelo. Aquella noche soñé con un ave: un polluelo de piel pálida que desafiaba a la muerte, alzándose al vacío.

No la resistía, sino que la aceptaba como parte de sí misma.

Desperté rodeada de un equipo médico que había irrumpido en mi habitación. Algún familiar se había enterado de mi estado. Usaron mi rescate como excusa para robar nuestros avances. Al poco tiempo, ellos y su equipo encontraron la cura, aprovechándose del trabajo de mi padre desde la comodidad de sus oficinas. No como él, que había enfrentado el riesgo en persona, con tal de ayudar, aunque eso le costara la vida.

Comprendí que mi familia no se preocupaba por mí, sino por el apellido Byord.

Pasé un tiempo en el hospital familiar y, antes de darme cuenta, ya dormía en mi vieja cama. Aquel año en la mansión de un país lejano se sintió como un mal sueño, pero con consecuencias reales. La ciudad permanecía inalterada: la Aguja Aurora seguía erguida, y las luces de neón brillaban bajo un cielo estrellado. Pero ya no había paseos nocturnos con mi padre, solo su urna aguardando un lugar en el columbario familiar. Por alguna razón, mi linaje desprecia la idea de ser enterrado como los demás mortales.

Qué pensamiento tan ostentadamente infantil.

Semanas después, mientras una peluquera intentaba domar mi cabello maltrecho, me miré en el espejo. Lo que vi fue a alguien que no pudo salvar a nadie. Vestida de luto, el negro resaltaba mi palidez. Según la estilista, era un contraste favorecedor. Para mí sonó más a insulto que a halago.

Supongo que un fenómeno como yo no cambiará lo que es.

Decidí asistir a la ceremonia en honor a mi padre, celebrada en la Aguja Aurora. No era más que una representación teatral, un desfile de falsas condolencias. Personas que solo conocía por sus publicaciones médicas o contribuciones académicas me daban el pésame con una familiaridad inexistente. Ninguno se preocupó por mi padre en vida, mucho menos por mí tras su muerte.

Sus sonrisas vacías y palabras huecas me resultaban insoportables.

Mientras disfrutaban del banquete, sentí que mi cuerpo no soportaba más el peso de tanta hipocresía. Afuera, la lluvia caía con fuerza. Salí en silencio, me quité las botas y subí descalza por las escaleras de emergencia. Cada peldaño me acercaba a la azotea, al único lugar donde podía estar sola.

El viento y la lluvia acariciaron mi piel cuando llegué a la cornisa. Por

primera vez en mucho tiempo, no sentí dolor.

Era una hermosa noche de tormenta.

Subí a la cornisa y miré el abismo, la oscuridad extendiéndose como un manto infinito. La lluvia caía en cortinas pesadas, pero mi mente estaba en otro lugar. Quería volar lejos, perderme en la tormenta y dejar que todo se desvaneciera.

Entonces, su voz rompió el silencio.

—Fue un soliloquio bastante elocuente. Tienes talento para la narración —dijo aquel chico. Lo miré y vi en sus ojos lechosos un brillo extraño bajo la tormenta. Una mezcla de melancolía y miedo absoluto.

—¿Sabes? A mí también me gusta mirar el abismo, pero no soy amigo de las alturas —continuó el tipo de cabello blanco, con una leve sonrisa—. Prefiero sentir la tierra bajo mis pies.

—Entonces no somos iguales —respondí, intentando sonar desafiante, aunque mi voz tembló—. Yo solo quiero volar e irme de aquí.

Él rió suavemente, sin burla.

—Pero no volarás. Solo caerás, como el polluelo pálido de tu historia.

Lo miré con frustración.

—¿Ah, sí? —repliqué, buscando retarlo sin saber por qué—. Entonces, si quieres detenerme, dame un motivo.

Su mirada se perdió en el horizonte antes de responder.

—Te he observado. No solo yo, también mis amigos. Vimos lo que hiciste en aquel pueblo.

Fruncí el ceño, sintiendo un escalofrío. Sus palabras despertaron recuerdos que había intentado olvidar.

—¿Cómo estabas allí?

—Ya te lo diré. Lo importante es que vimos cómo ayudaste a esa gente... a la señora Lamiria, por ejemplo. No tenía nada y la cuidaste sin esperar nada a cambio.

El nombre de Lamiria me golpeó como un eco. Recordé su fragilidad, su

agradecimiento, y cómo había intentado minimizar lo que hice.

—Pude haber atendido a cualquiera —mentí rápidamente—. Ni siquiera memorizaba a mis pacientes. Solo los trataba gratis para practicar.

Él no pareció impresionado.

—Lamiria falleció hace unos días —dijo con calma—. Pero se fue en paz, sin dolor. Me habló de ti antes de partir. Quería darte las gracias por el ungüento que le diste. Dijo que, gracias a ti, pudo dormir tranquila por primera vez en mucho tiempo.

Sus palabras calaron en mí. Algo tan pequeño para mí había sido todo para ella.

—Ella... realmente falleció —murmuré, bajando la mirada—. Y ahora está muerta, y yo a punto de lanzarme. Al final, la muerte no cambia nada para ninguna de las dos.

—No es lo mismo —negó él, su voz serena, casi dolida—. Ayudaste a alguien cuando lo necesitó. Y eso significó algo.

Me quedé en silencio.

—¿Por qué me observabas? —pregunté al fin, la voz tensa, como si buscara respuestas en cada palabra.

—Porque tú y yo seremos socios.

Mi mirada se endureció.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque vamos a hacer una promesa con el dedo meñique.

—¿Y qué te hace pensar que voy a aceptar algo así?

—Porque somos más parecidos de lo que crees —dijo, con una pequeña sonrisa, tan segura que casi me convenció.

Lo observé, confundida. Algo en él me hacía querer creerle, pero la desconfianza seguía siendo más fuerte.

—Sabes, es extraño... Cuando volví a la ciudad, me enteré por una prima que mi madre se casó de nuevo. Hace dos años, sin decírmelo. Ahora está esperando un bebé. ¿Y yo? Aquí, atrapada en este vacío, mientras mi padre moría solo, sin nadie que lo acompañara... Y mi madre, que ni siquiera se molestó en contarme que iba a ser hermana. Nada.

Absolutamente nada. —Hice una pausa, dejando que la lluvia llenara el vacío—. Así que no. No, salvador. No puedo creerte.

Aspiré la última bocanada de mi cigarro, soltando el humo con un suspiro de frustración, y salté al vacío.

No esperaba que me siguiera. Pero él lo hizo.

Lo vi impulsarse con agilidad, rompiendo ventanas en su descenso, los fragmentos de vidrio cayendo junto a nosotros. Extendió la mano, protegiéndome de los cortes con su propio cuerpo antes de atraparme.

—Te dije que saltaría —dijo con una risa temeraria.

El aire cortaba como un látigo, la tormenta nos envolvía. Pero, en sus brazos, sentí una extraña calma, como si por fin hubiera encontrado un lugar al que pertenecer.

—¿Por qué no me dejaste ir? —pregunté entre lágrimas.

—Porque serás mi socia —respondió sin dudar—. Mi amiga y mi familia.

Un fragmento de vidrio cortó mi dedo anular. También el suyo. Sin pensarlo, busqué su dedo meñique con el mío, sellando una promesa que no entendía, pero que, en lo más profundo de mí, sentía como inevitable.

—Está bien —dije, riendo a pesar de todo—. Prometo ser tu socia, filósofo salvador. Haz que valga la pena esta locura.

—Oh, entonces mejor no digo nada para no arruinar la sorpresa —respondió con un tono divertido—. Es hora de ponerte a salvo...

—Laia —le dije.

—Ya lo sabía, Laia —respondió riendo por la adrenalina de la caída.

Y juntos seguimos precipitándonos con la tormenta, como dos aves que descendían en picada, solo para encontrar su vuelo en el cielo nocturno.

Fin.